

# Metropol

EUGEN RUGE

Traducción de Alberto Gordo Moral



armænia

narrativa

armænia

**EUGEN RUGE**

# *Metropol*

Traducción de Alberto Gordo Moral

**[www.armaeniaeditorial.com](http://www.armaeniaeditorial.com)**

Título original: *Metropol* (Rowohlt Verlag, Berlin, 2019)

Primera edición ebook: Enero 2022

The translation of this work was supported by a grant from the Goethe-Institut.



Copyright © 2019 by Eugen Ruge © 2019 by Rowohlt Verlag GmbH, Hamburg.

Copyright de la traducción © Alberto Gordo Moral, 2021

Imagen de cubierta: Copyright © Lotte Laserstein, *Russisches Mädchen mit Puderdose*. 1928, Städel Museum.

Copyright de la presente edición en español © Armaenia Editorial, S.L., 2022.

Armaenia Editorial, S.L.

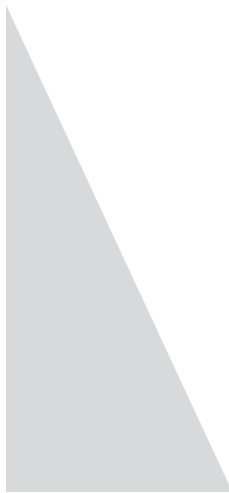
[www.armaeniaeditorial.com](http://www.armaeniaeditorial.com)

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas por las leyes,

la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-18994-32-6

armænia



11 *Prólogo*

17 Cinco días de agosto

95 El sol que nos engaña

307 Danza de la muerte

385 *Epílogo*

409 *Glosario*

415 *Notas*

## ÍNDICE

## PRÓLOGO

El Archivo Estatal Ruso de Historia Sociopolítica es un edificio macizo construido en los años veinte que recuerda mucho a aquel sarcófago que le pusieron encima a la tristemente célebre central nuclear de Chernóbil. Lo que está enterrado aquí, en medio de Moscú, no son, sin embargo, residuos radiactivos, sino un pedazo de historia de la Unión Soviética.

Por lo demás, se trata del antiguo Instituto de Marxismo-Leninismo. Marx, Engels y Lenin cuelgan sobre la entrada en forma de grandes relieves, haciendo que el portal parezca más grande. Pero las puertas reales dan la impresión de ser demasiado pequeñas para el edificio.

Por supuesto, solo está abierta una de las tres puertas: la hura de ratón por la que uno se cuelga en el interior del edificio. Se entra primero a un amplio vestíbulo cuyas dimensiones probablemente pretenden expresar la importancia del sitio, pero que impresiona sobre todo por lo vacío que está. Más adelante, en el rellano de una pequeña escalera, se ha instalado a posteriori una caseta de vigilancia de plástico y cristal en la que se sienta un policía. Delante de la escalera, un detector de metales con forma de caja (que es preferible evitar). A la derecha, un amplio ropero con una mujer sentada haciendo crucigramas. Si vigila o no las prendas que los visitantes deben colgar de una en una en las perchas, es algo que no está claro.

Esta mujer le señala al recién llegado un teléfono que hay junto al ropero. Después sigue resolviendo crucigramas.

¿Un teléfono? ¿Hay que llamar? ¿A quién?

En la mesita del teléfono hay un número moscovita de siete dígitos. Después de marcarlo, se pone al habla una voz que parece pertenecer a una señora entrada en años. Esta pregunta al visitante si ya tiene el *própusk*, el pase. Dado que la respuesta es negativa, la voz, en un tono de impaciencia que apenas puede reprimir, indica al visitante que haga una señal al policía del puesto de vigilancia, pero que no lo haga hasta que ella, la voz, llame a ese policía para solicitarle la emisión de un *própusk*. Y esa misma voz —ya irritada en extremo por el cerrilismo del recién llegado— le repite varias veces que *no cuelgue bajo ningún concepto*.

Poco después se ve al policía descolgar el teléfono en su caseta y, a través del auricular, se escucha cómo la voz solicita la emisión de un *própusk* para la persona que está llamando.

El policía se vuelve hacia esa persona y esa persona, como le habían



indicado, hace una señal al policía; digamos que levanta la mano. Ahora puede colgar y, previa presentación de su pasaporte, se le expide un *própusk* con el que podrá llegar hasta la quinta planta, donde está la sala de lectura.

Allí el visitante se da cuenta de que la voz no pertenece a una mujer mayor, sino a un hombre de entre treinta y sesenta años, el cual, pese a estar en una sala de lectura, usa el mismo tono estridente —siempre al límite de soltar un gallo— para darle nuevas instrucciones.

En primer lugar, hay que rellenar dos formularios, en los cuales, junto a la dirección de origen y el número de teléfono, se pregunta concretamente por la razón, el objetivo y el periodo de tiempo de la investigación. Después hay que redactar, por supuesto en ruso, una solicitud cuyo contenido es de libre elección; no obstante, existe un modelo para cada caso que puede copiarse literalmente. Si procede, han de introducirse también los motivos personales.

Al visitante se le entrega luego una llave cuyo recibo ha de acusar. En el llavero figura el número de la taquilla donde ya están listos los archivos (que, por supuesto, deben haberse pedido con antelación). Si esta petición (hecha, por un caso, desde Alemania) ha funcionado de verdad, los archivos estarán ya en una de las taquillas blindadas de una sala penumbrosa que, aunque está situada en la quinta planta del edificio, más bien parece un sótano.

Para abrir esa sala de documentos se necesita, sin embargo, otra llave más y esta se coge de un recipiente de plástico que hay sobre el escritorio del hombre con voz femenina. Con ayuda de la llave, se abre la taquilla y se cogen los archivos. Al abandonar la sala se procura no dejar encerrado a nadie accidentalmente. Después se devuelven las llaves de la sala de documentos al recipiente de plástico destinado a su custodia y se cuelga la llave de la taquilla —a partir de ahora disponible para cualquier otra persona— en un cajetín para llaves.

Obviamente, no está permitido fotografiar sin más con un *smartphone* los valiosos documentos, ni mucho menos escanearlos. Para copiarlos, se rellena un formulario de solicitud y se va con él a la copistería. Allí, tras revisar los documentos que se van a copiar, se calcula un cociente que resulta del estado del material y de la urgencia del pedido y que a su vez se traduce en el precio de las copias, una cuantía que, sin embargo, no se da a conocer hasta el momento de recoger esas copias dos o tres meses más tarde. Se obtiene entonces, en la sala de lectura, un número de tramitación con el que se va al Departamento de Contabilidad. Allí se recibe un formulario impreso por

duplicado. Con este formulario hay que ir a una sucursal bancaria para depositar el dinero. El pago ha de estar confirmado en ambos formularios, uno de ellos se entrega en Contabilidad y el otro, sellado por el banco y por el departamento contable, se lleva a la sala de lectura, donde, a cambio de una firma, se entregan las copias.

Esta es la historia que no contaste. Te la llevaste a la tumba. Estabas segura de que nunca saldría a la luz. Toda tu vida trabajaste para hacer que se olvidara, para eliminarla de tu, de nuestra memoria. Casi lo consigues.

Durante mucho tiempo, no supe que habías estado en Rusia. Me quedé estupefacto cuando te oí hablar en ruso con mi otra abuela, mi abuela rusa. Que hablabas español ya lo sabía. A veces afirmabas, incluso, que soñabas en español. También sabías inglés y hasta un poco de francés. Pero ¿ruso?

Eras mi *abuela mexicana*. En tu jardín de invierno, entre plantas tropicales, zumbaba suavemente la fuente de interior. Allí nos sentábamos y me hablabas de México, de paseos a caballo por la selva, de asaltos a mano armada y aguaceros, de serpientes, escorpiones y tiburones. De los aztecas y de su mundo misterioso y desaparecido.

Pero de la Unión Soviética donde tú, comunista alemana, viviste al menos cuatro años y medio después del ascenso al poder de los nazis, ni una palabra.

Sobre mi mesa hay dos montones de papeles. En total, doscientas cuarenta hojas, numeradas a mano. Arriba a la derecha, una nota, en ruso: *Alto Secreto*. Y encima un sello azul: *Desclasificado*.

¿De verdad creías que se había perdido sin remedio?

*Veo, veo*. El juego me lo enseñaste tú. Veo, veo, una cosita y esta cosita es: tu expediente de cuadros, Charlotte, la información que el Gobierno tenía sobre ti.

# CINCO DÍAS DE AGOSTO

Alto secreto

Comunicado

He sabido por algunas conversaciones de XX 1933 que el camarada Jean Germain (Hans Baumgarten) y la camarada Lotte Germain (Lotte Ruge) frecuentaron al bandido trotskista EMEL. La relación tuvo su origen cuando la camarada Lotte Germain y la mujer de Emel trabajaban juntas en la Delegación Comercial de Berlín. Desconozco si esta relación continúa en el presente.

23 de agosto de 1936

Hilde Tal.



## 1. NEGRO MAR NEGRO

—Charlotte—

La noche del 20 al 21 de agosto de 1936, Charlotte Germaine, como se llama desde hace poco tiempo, descubre en el *Deutsche Zentralzeitung*, entre los dieciséis acusados del *Juicio al Centro Terrorista Trotskiano-Zinovieviano*, el nombre de M. Lurie.

En ese momento se encuentra en el *Grusia*, un vapor del mar Negro que aún sigue bien amarrado en el muelle de Batumi; no se hará a la mar hasta la mañana siguiente. Está sentada frente a la mesa plegable en una postura bastante incómoda y sostiene el periódico ladeado hacia el ojo de buey, a través del cual entra una luz fría, azulada, que podría tomarse por luz de luna; procede, no obstante, de una farola del puerto.

Está en batín de noche, algodón, blanco.

Se escucha el bramido de los motores del barco. De la litera superior llega un ronquido quejicoso. Es Wilhelm. Ha tomado el nombre falso de Jean Germaine, pero todos le llaman Hans, todos menos Charlotte, que sigue diciendo Wilhelm. Es difícil llamar Jean Germaine a un obrero metalúrgico con acento de Anhalt.

Wilhelm ha bebido vodka, o sea, demasiado vodka. ¡Por nuestra patria! ¡Por Stalin! Nadie puede evitarlo, un hombre no puede, en cualquier caso. Tampoco Charlotte ha podido evitarlo del todo. Tras la visita a la ciudad — 36 grados— aún había, cómo decirlo, una *recepción* con el secretario de distrito, georgiano, bigote, voz de locomotora: sí, sí, ya está informado: ¡Quinta planta, Komintern! Guiño. ¡Por vosotros, camaradas! ¡Y por el camarada Stalin!

Para acompañar, pepinillos, cebolletas y carne en gelatina.

Charlotte se quedó dormida rápidamente, una cabezada alcohólica de la que no tardó en despertarse. Dio vueltas durante un rato, a la espera de vencer con autosugestión el incipiente dolor de cabeza. Cuando la vejiga, no obstante, empezó a ejercer presión, hizo un esfuerzo y se dirigió al baño, que, por desgracia, estaba fuera del camarote.

Al regresar, el *Deutsche Zentralzeitung* atrajo su mirada. Estaba sobre la mesa plegable, le daba la luz. Charlotte empezó a leer. Leería hasta que le diera el sueño.

Hacía días que no miraba ningún periódico. Lo más normal, cuando se

está de viaje, es no conseguir periódicos, hasta la prensa del Partido escasea por la falta de papel en la Unión Soviética. Le sorprende tanto el contenido del artículo principal que, por un momento, piensa que la bibliotecaria de Batumi le ha dado a Wilhelm un ejemplar de archivo. Se habla de la causa contra *Zinóviev y otros*. ¿Pero Zinóviev no lleva ya dos años en la cárcel? El hombre con el gorro alto de piel sobre la cabellera rizada. Siempre le pareció el más guapo. Le sorprendió que lo condenaran, pues había luchado con Lenin y, por un tiempo, fue incluso jefe del Komintern.

Sin embargo, he aquí la edición del día: *Juicio contra Zinóviev y otros*. Lectura no apta para dormir, Charlotte se salta el artículo principal. Pero el juicio llena también las páginas siguientes. Han publicado el escrito de acusación, resumido, pero aun así dos páginas. Charlotte también se lo salta; o querría saltárselo, pero entonces los ojos se le van directos al nombre de *M. Lurie*.

Conoce a un M. Lurie.

Moiséi Lurie. Que en realidad se llama Alexander Emel. Para ser más exactos, en realidad se llama Moiséi Lurie, pero la mayoría le conoce por su nombre del Partido, Alexander Emel. Pero que este Alexander Emel sea la misma persona que ese M. Lurie, *agente de Trotski enviado desde el extranjero*, como dice el periódico, que *ha estado en la cúpula de un grupo de lucha liderado por un activo fascista alemán...*, es absurdo. ¿Cómo podría haber estado Alexander Emel, él mismo judío, perseguido por los nazis, *en la cúpula de un grupo de lucha liderado por un activo fascista alemán?*

Charlotte siente cómo le palpita el corazón, tan fuerte que, durante algunos latidos, llega a tapar los ronquidos de Wilhelm. *Preparación de atentados contra Stalin, Mólotov, Voroshílov...* Es increíble. Siente algo parecido a la ira. ¿De qué sirven las constantes purgas del Partido y las inspecciones? Han pasado ya dos años. ¡Cuántos formularios! ¡Cuántos currículos! ¡Cuántas comisiones! Está de acuerdo, claro. Solo que, en algún momento, tendría que haber resultados...

Pasa las hojas, la última página del escrito de acusación. Aquí están otra vez listados, los dieciséis, numerados, con nombre y patronímico y año de nacimiento. Número quince: Lurie, Moiséi Ilich. Y, a continuación, entre paréntesis: *alias Emel, Alexander*.

Cuánto deseaba estas vacaciones. Tiene los nervios destrozados. La atmósfera en Punto Dos se ha vuelto insoportable, tanto que Wilhelm ha

sopesado solicitar su marcha de la OMS y volver a su trabajo de tornero. Como correo secreto hace tiempo que no trabaja (exactamente: desde su colapso, el de Charlotte, en Estocolmo; ella aún se siente un poco culpable por aquello). También lo han apartado de su puesto como instructor político y lo han sustituido por esa rusa rubia: Krumina, una intrigante espantosa. Y para colmo lo han cesado como jefe de almacén porque dicen, por desgracia con razón, que no tiene ni idea de tecnología inalámbrica. Es probable que ahora lo manden a Punto Uno. Eso ya es intolerable.

Se cogieron de una vez todas sus vacaciones anuales, un mes entero. Reservaron una travesía en vapor desde Batumi a Yalta. Y después, tres semanas en la casa de huéspedes del Sindicato de Trabajadores Políticos de Yalta. Charlotte nunca ha estado en el mar Negro. Se lo imagina: tres semanas de no hacer nada. Playa. Murmullo de fondo. ¿Es realmente negro, el mar? No sabe si lo desea o lo teme.

Pero entonces dijeron de repente: vacaciones bloqueadas para toda la OMS debido a la situación en España. Wilhelm empezó a fantasear con que lo enviaran a España, a la guerra civil. Y Charlotte también lo pensó: quizás sería lo mejor. Mejor que *esto de aquí*.

Afuera llueve. Las gotas golpean el alféizar metálico de la ventana. Aguarda.

Y después ocurrió el milagro: Mélnikov les concedió un permiso especial. Ojalá no sea porque está enamorado. Pensó. Le halaga, ciertamente, ejercer aún algún efecto en los hombres; a pesar de sus cuarenta y un años. Casi cuarenta y dos. Pero por otro lado: los hombres enamorados son terribles, capaces de lo peor. Por desgracia, siempre tarda mucho en darse cuenta de cuándo un hombre se enamora de ella. Solo cuando empiezan a hacer cosas horribles.

Partieron el 15 de agosto. Dos días en tren, en compartimentos con coche cama. Lluvia, lluvia... La mirada, a través de centelleantes corrientes de agua, sobre alguna estepa horrible. ¿Será Kuban? Una de las regiones más fértiles de la Unión Soviética, dicen. ¿Dónde están los ondulantes campos de cereales? ¿Dónde están los tractores nuevos y flamantes que se ven siempre en los carteles de la colectivización? No pregunta. Piensa.

Como Gori está de camino, deciden visitar la casa natal de Stalin. Charlotte ya no recuerda por qué tomaron esa decisión, aunque, en el fondo, no era posible tomar una distinta. Gracias a Dios, la lluvia paró. El país es

enorme, no puede estar lloviendo en todas partes.

Iban tropezando por las calles. Charlotte ha visto bastantes casas natales de personas famosas, se imagina una placa conmemorativa, algo así: *Padre de los pueblos, Maquinista de la revolución mundial*. Y entonces llega la sorpresa: una cabaña enana y gris, una escalera torcida, una puerta raspada. Ahí estaba.

Y Jilly, repentinas lágrimas en los ojos, dice: Ahora entiendo por qué le aman. Es uno de ellos.

Jill Greenwood, su compañera de viaje. Diecinueve años, la pipiola de Punto Dos. Nombre real: Jean Hyman. Su biografía cabe en tres frases. Primero: fue a la Stoke Newington School en Londres (y sí, dos meses a la Marx House School). Segundo: desde hace cuatro meses, es alumna en la escuela de radiotelegrafía de la OMS. Y tercero: está dispuesta a morir por la causa de la clase trabajadora. Sería una pena, piensa Charlotte.

Después, de Gori a Batumi en tren de pasajeros. Una invasión repentina: personas apiñadas en el vagón, una masa inquietante en caftanes y camisas de fustán que despide olores extraños, y todos, a ojos de Charlotte, medio deformes, heridos: sin dientes o lisiados, sin dedos, con piernas amputadas o desfigurados por los sarpullidos. No es que en Moscú no haya seres así. Deambulan por las estaciones o hacen colas interminables. Charlotte prefiere no acercarse. Material humano. No está segura de que la expresión sea adecuada desde un punto de vista político. Con este material humano construiremos el Socialismo: eso es, ya lo había leído antes.

Por último, una tarde espantosa en Batumi: el Museo Arqueológico..., la nueva biblioteca..., el Jardín Botánico con tres mil tipos de árboles tropicales... La intención era buena. La intención siempre es buena. También con la ternera en gelatina un poco ácida que han tenido que comer a toda costa. Casi vomita.

Más tarde, al fin, los dejaron instalarse en sus camarotes, Jilly con una joven rusa desconocida. Ella con Wilhelm, que en este momento está roncando en la litera superior, mientras Charlotte, después de cerrar el periódico como es debido, se ha arrastrado a la litera inferior y está tumbada, muy quieta, boca arriba.

¿Alexander Emel, un conspirador?

Lo primero que le viene a la mente son sus manos: delgadas y blancas, suaves. Se mueven, juegan entre ellas, dibujan el tema invisiblemente en el aire. Habla de la Biblia. Van caminando junto al canal (¿qué canal?). No,

no es un llamamiento al amor propio, dice Emel. Es una traducción inexacta. En el original, en griego antiguo, dice, no pone *Ama al prójimo como a ti mismo*, sino: *Ama al prójimo, es como tú*. Desconcertante. Este hombre es el director en funciones del Departamento de Propaganda del Comité Central del Partido Comunista de Alemania. Tiene los mismos años que ella, poco más de cuarenta, pero le parece mayor, más maduro. Se doctoró (*summa cum laude*) con una tesis sobre la representación de Egipto en el Antiguo Testamento. A ella la cultura siempre le ha fascinado. Se siente, de hecho, una inculta. Tan solo fue a la escuela para señoritas, dispone de los conocimientos inseguros de una autodidacta.

Ahora se acuerda: el canal Teltow... ¿Primavera de 1930? Verdor suave por todas partes. Amentos de sauce, el viento silbando entre los álamos. La última primavera en Alemania... Wilhelm e Isa —Isa, querida— van un buen trecho por delante, ya que Emel se para una y otra vez mientras va hablando. Ella jamás podrá hablar de forma tan ligera, tan casual, sobre la historia de Egipto, sobre hechos reales y ficticios, sobre la diferencia entre metáfora y parábola. Desde que trabaja en la Delegación Comercial Soviética de Berlín, ha aprendido idiomas. Tiene ya un buen inglés y un ruso aceptable. Pero Emel, además de ruso e inglés, domina el francés, el griego, el hebreo e incluso algo de arameo.

Que sea un hombre culto, por supuesto, no significa nada. También hay asesinos cultos. Pero ¿Alexander Emel? Con sus manos divinas.

No es capaz de dormirse. Una y otra vez se le aparece. Una y otra vez intenta encajar al hombre delicado, la cara sensible, las manos suaves, con lo que ha leído en el periódico. No es posible.

Recuerda que, hace muchos años, hubo un artículo de Emel que se criticó. ¿O eran dos? No recuerda por qué. Apenas se acuerda del contenido, tan solo de que no fue capaz de entender qué estaba mal en el artículo. Matices. Entonces no llevaba mucho tiempo en el Partido. Era algo sobre la política agraria estalinista. ¿Acaso no la había defendido? Pero aun así. Un artículo políticamente equivocado no es un crimen. No es un atentado mortal contra Stalin.

A veces podía ser bastante descarado. Sonreía como un adolescente. Recuerda su último encuentro casual en el Parque de la Cultura, en Moscú. Los primeros días templados. El retrato de Stalin hecho con flores tempranas. Oh, *arte de florecillas*, dijo Emel. Ahí estaba, la cara de adolescente. El diablillo en los ojos. Vio de inmediato cómo a Wilhelm se le

ensombrecía el rostro. Acababa de elogiar aquella obra floral y va Emel y dice: arte de florecillas.

Y ahora —¿por qué justo ahora?— recuerda que Emel habló de una suspensión: como profesor universitario. Pero ¿no había dicho que era un error? Dirigió una carta personalmente a Dimitrov. Charlotte había pensado: Hay que ver, escribe cartas a Dimitrov en persona.

Eso fue en invierno. Tuvo que ser en alguna de sus visitas al piso de Emel. Y después, tras aquel encuentro en el Parque de la Cultura, Wilhelm decidió de pronto: *Deberíamos alejarnos de Emel*. Y ella pensó, claro, que estaba enfadado por lo del arte de florecillas. También lo estaba. Wilhelm se enfadaba a menudo con Emel. Se ponía celoso, por supuesto sin motivo. Pero se daba cuenta de que ella idolatraba a Emel. Intentaba estar a la altura, y Emel, siempre muy educado, se esforzaba para que Wilhelm no notara su superioridad.

Y después había pagado otra ronda de aquella limonada roja que estaba tan a la última. Y se había reído porque todas las mujeres llevaban ahora zapatos azules. ¿Era una crítica velada? ¿Una crítica a la economía planificada? Aunque lo cierto era que, si uno miraba alrededor, de repente, por todas partes, zapatos azules y calcetines blancos...

Cuando se despierta, está sola en la cabina. Wilhelm debe de estar ya en el baño. Se cuele el brillo del sol. El barco ha soltado amarras, nota que toma una velocidad resuelta. El viento silba. El mar es azul: azul oscuro. El periódico está intacto en la mesa plegable. Abre el armario, lo mete dentro. Prueba a hacer como si no supiera nada. Pone su maletita en la mesa plegable, saca las cosas de aseo. ¿Un periódico? ¿Qué periódico?

Cuando ella vuelve del baño, Wilhelm ya está vestido. Mira al mar como hechizado. Charlotte se pone su vestido de verano, blanco y de lunares, por primera vez. Su vestido de vacaciones. Hace semanas que se ve a sí misma paseando con ese vestido sobre la cubierta del vapor del mar Negro. Se pinta los labios. También se ha estado reservando el lápiz de labios para las vacaciones. Hasta hace no mucho consideraba el uso de pintalabios un acto de vanidad, anticomunista incluso. Pero, hace un año, Stalin dijo en un discurso esa frase que rápidamente se hizo famosa: *¡La vida se ha vuelto mejor, la vida se ha vuelto más feliz, camaradas!* Y, desde entonces, surgen en Moscú cada vez más y más tiendas estatales de moda y cosmética. Cada vez más chicas moscovitas se maquillan o se tiñen el pelo, y, en un momento



dado, también Charlotte empezó a preguntarse si su aversión a los cosméticos no procedería quizá de su educación prusiano-protestante y si no podría, por tanto, superarse.

¡*Voilà!* Se gira sobre su propio eje. Wilhelm la mira con ojos radiantes. La ama, la admira todavía. A veces ella tiene mala conciencia porque no está segura de corresponderle con la misma intensidad. En Yalta, en la casa de huéspedes del Sindicato de Trabajadores Políticos, quiere ser, como ella dice, *buena con él*. Se lo concederá. Lo impronunciable. ¿Sabe Wilhelm que Alexander Emel se llama en realidad Moiséi Lurie? Dice en voz alta:

Vamos a desayunar.

El barco se balancea un poco. Los pasillos son interminables. Sigue a ciegas a Wilhelm a través del laberinto de cubiertas y pasillos; por supuesto se pierden. Al final tienen que preguntar a alguien, esto es, ella, Charlotte, tiene que preguntar, ya que Wilhelm, a pesar de sus considerables esfuerzos, aún no ha aprendido la lengua de la Patria de todos los obreros. No está dotado para los idiomas, eso es todo.

Tienen que esperar frente al restaurante, aunque hay mesas libres. Después, enseñar las llaves del camarote, firmar. Hay desayuno número uno y número dos, y otro más de primera clase (con recargo). Ambos eligen el número dos, desayuno *yevropeiski*. Pan negro, un trozo de salchicha con el típico sabor agrio de las salchichas rusas (así sabe a veces en Alemania la *bockwurst*) y un trozo de queso semicurado, mezcla de vaca y oveja, a juzgar por el olor.

Lo segundo, afirma Wilhelm (ella no le ha traducido *yevropeiski*).

El café, como es habitual, apenas se distingue del té. Wilhelm, que en la época en que aún trabajaba de correo en la OMS fue capaz de rechazar el menú de tres platos de un hotel con estrellas de Bruselas diciendo que era *comida para monos*, se muestra en extremo satisfecho.

Charlotte le sigue el juego. Finge estar de vacaciones. Por desgracia, Jilly aún no está en la cubierta. Echa de menos su alegría, su parlanchina jovialidad. Por un momento, se cierne la amenaza de un vacío paralizante que intenta llenar de inmediato. Charlotte finge estar de buen humor.

Finge: Oh, ¡qué bien que estemos aquí los dos juntos!

Finge desayunar. Finge beber té.

Finge mirar-el-mar.

Finge mirar-el-mar-emocionada y dice: Siempre me lo había imaginado negro.

Bobadas, dice Wilhelm.

Después del desayuno, Wilhelm se va de expedición: visita el barco. Charlotte coge del camarote el libro que ha traído para el viaje: *Cheliuskin*, de Tretiakov, un informe sobre el heroico rescate de la tripulación del barco de igual nombre atrapado en el Polo Norte. El drama había comenzado tres años antes; ella acababa de huir de Alemania a la Unión Soviética. Durante medio año, todo el país había seguido el viaje, la avería y, por último, el rescate de la tripulación, Charlotte aún recuerda bien cómo se le cayeron las lágrimas con la retransmisión por radio de la triunfal bienvenida que se dio en Moscú a los rescatados y a los rescatadores.

Se sienta en una tumbona de la cubierta, pero el viento resulta sorprendentemente frío, de modo que, como no tiene ganas de recorrer el largo camino de vuelta para coger su rebeca, no tiene más remedio que pasar al interior. ¡Y, de repente, ahí está Jilly! No llegó al desayuno y cogió un sándwich del buffet.

Parece adormilada, aún más niña que de costumbre. Tiene las mejillas sonrosadas. Es tan joven que podría parecer hija de Charlotte, también debido a sus negrísimos rizos, tan poco británicos. Charlotte, de hecho, a veces cree reconocerse en ella, aunque no es para nada seguro si esas lorzas casi infantiles que circundan a Jilly se disolverán o se hincharán con el tiempo. Tampoco sus proporciones, observadas de cerca, son tan ideales como las de Charlotte, pero es joven, vertiginosamente joven; y Charlotte va ya teniendo una edad, pues entiende lo que significa la juventud: precisamente el tiempo en que no se entiende lo que significa la juventud.

Le gusta estar cerca de Jilly, nunca tiene suficiente. Ha pensado, incluso, en que, cuando terminen en Punto Dos, podrían mudarse con ella a una de esas casitas de madera en las afueras de Moscú. ¿Se pondrían celosos Kurt y Werner? No es que piense que sus hijos, ahora que son mayores, querrían vivir con ella. Aunque podrían ponerse celosos: retroactivamente.

Ya solo por la tímida mirada con que Jill comprueba si Wilhelm está cerca, Charlotte se da cuenta de que quiere hablar con ella. Desde hace días nota que algo la inquieta. En estos casos suele tratarse de pequeñas dudas que preocupan a los jóvenes comunistas: por qué en los comedores soviéticos hay asignaciones en función del «rendimiento» (es decir, el jefe recibe más carne o pasteles que la secretaria). O por qué han abolido de nuevo en la Unión Soviética la interrupción legal del embarazo. De hecho, esto también fue un palo para Charlotte: aún recuerda cómo alabó esa conquista en el círculo de

mujeres comunistas de Neukölln.

Hoy, sin embargo, se trata de otra cosa, o más exactamente, de otra persona, concretamente Müller, en realidad Mélnikov, el nuevo jefe de la OMS, el poderoso servicio secreto para el que trabajan. Ese hombre, afirma Jilly, lleva semanas acosándola.

¿Así que por eso le dio Mélnikov el permiso para las vacaciones? Es lo primero que piensa. ¿No porque estuviera enamorado de ella, sino porque lo está de Jill Greenwood? Aunque en absoluto desea que ese desgredado de cara chupada la acose, Charlotte se siente un poquitito ofendida. Finge sorpresa. Incredulidad. Pone los ojos como platos, se recuesta sacudiendo la cabeza. Pero es que está realmente sorprendida: ¿Mélnikov? ¡Si tiene por lo menos cuarenta y cinco años! Casado, dos hijos... ¡Un hombre de su posición!

Jill se le acerca y le susurra los detalles: cada vez que él va a Punto Dos, habla con ella.

¿Qué más?

Le consiguió una entrada para el congreso del Komsomol.

¿Qué más?

Le hizo dar su palabra de que le enviaría una postal cuando estuviese de vacaciones.

¿Eso es todo?

Sí, eso es todo, dice. Pero es que tiene un presentimiento...

¡Alma de cántaro! Charlotte vuelve a su papel habitual. ¡Si supieras lo que hacen los hombres cuando están enamorados!

Pero Jill comienza de nuevo por el principio, la postal, el congreso de las juventudes... Charlotte ya está a otra cosa. La agitación de Jilly empieza a enervarla, sí, le molesta un poco que piense de verdad que Mélnikov está enamorado de ella. ¡El congreso del Komsomol!

Jilly, ¿no se te ha ocurrido pensar que eres la más joven de Punto Dos? ¿A quién iba a enviar si no al congreso del Komsomol? ¿A Wilhelm?

Y, hasta que Jilly no se echa a reír, Charlotte no es consciente de lo raro que es todo. De lo raro y triste que es. Le viene a la mente lo viejo que se ha hecho Wilhelm, y es que hace poco aún era joven, aunque eso Jilly no lo sabe. Hace poco era un joven combatiente del Frente Rojo, con chupa de cuero y una BMW R32. Y de pronto es tan viejo que la idea de verlo en un congreso de las juventudes comunistas provoca ataques de hilaridad.

Charlotte tampoco puede evitar reírse. A Jill le corre una lagrimita por la

mejilla. Y entonces vuelve los ojos en dirección a la puerta: ¡Que viene! Las dos mujeres se controlan.

Pero cuando Wilhelm se acerca, cuando está de cuerpo presente frente a ellas, con su calva y sus grandes orejas, que parecen más grandes desde que el pelo escasea, se ríen de nuevo entre dientes, como colegialas. Intentan reprimir la risa, pero explota con más fuerza. Tiene que decirle que se quite el pelo de las orejas, piensa Charlotte, después cruzan las miradas, Jill y ella, se ríen de nuevo y, por un momento, Charlotte olvida lo que más desea olvidar.

Wilhelm menea la cabeza, espera pacientemente a que se calmen y se limpien las lágrimas de los ojos. Espera un poco más. Luego pregunta:

¿Mi periódico dónde está?

¿De qué periódico estás hablando?

La bibliotecaria me dio un periódico.

¡Ah, ya! Ni idea. ¿No te lo habrás dejado por ahí tirado?

Estoy seguro de que no, dice Wilhelm.

## 2. ACTA DE UN JUICIO

—Vasili Vasílievich—

Vasili Vasílievich Úlrij, presidente del Colegio Militar del Tribunal Supremo de la URSS, aprovecha la pequeña confusión entre dos interrogatorios para aflojarse disimuladamente el cinturón y desabrocharse el botón de la pretina de su uniforme.

Sí, está muy gordo y, por desgracia, cada día lo está más. En las fotos del periódico en las que, ineludiblemente, se ve a sí mismo desde hace unos días, parece una patata con uniforme. Su cara tiene forma de calabaza y el bigote de dos dedos de ancho, que hasta hace unos años le parecía un signo de audacia, parece una polilla posada bajo la nariz. Los pantalones nuevos se le han vuelto a quedar pequeños. El cinturón, que cuando está de pie se aprieta concienzudamente para parecer más delgado, si está sentado le estrangula los intestinos. Padece de flatulencias, o de algo peor. También bebe más de la cuenta, pero qué va a hacer si no.

Vasili Vasílievich está hasta arriba de trabajo. Desde hace semanas, incluso meses, ha estado ocupado con la preparación de este proceso. Nada de vacaciones, nada de nada. A la dacha habían ido dos veces, ¿o fueron tres? Y, por supuesto, hubo bronca: Ánnushka no es demasiado comprensiva con su hobby: la tragedia de todo coleccionista de mariposas.

En lugar de eso: reuniones durante noches enteras. Siempre nuevos escenarios, siempre nuevos culpables. Primero iban a ser diez, luego trece, ahora son dieciséis. Una y otra vez, Stalin quería cambios y adiciones. Una y otra vez Vyshinski rehacía el escrito de acusación. Una y otra vez acordaban con los acusados versiones nuevas de sus confesiones: con el exhausto Zinóviev, que tiene verdaderas dificultades para concentrarse; con el contestatario Smirnov, que ha negociado tenazmente cada detalle. Un frágil entramado de encuentros, entregas y directivas a través del cual Vasili Vasílievich apenas logra ver nada.

Él solo tiene que presidir el juicio. ¡Públicamente! Idea de Stalin: ¡un proceso público! Las actas de los interrogatorios se publican a diario en el *Pravda*, ¡ver para creer! Y, aunque las transcripciones se editan todos los días (tras cada sesión, en interminables reuniones nocturnas), hay que orientarse al menos por las declaraciones literales, pues otras trescientas personas las han escuchado en la sala, entre ellas periodistas extranjeros, si bien la

mayoría no entienden ruso.

Pero lo peor es que él, Vasili Vasílievich, apenas tiene nada que decir en todo esto. La última palabra la tiene el fiscal Vyshinski, un tipo arrogante y vanidoso de la total confianza de Stalin y que a él, Vasili Vasílievich, lo menosprecia a menudo en las reuniones de equipo por sus objeciones. Es el proceso de Vyshinski. Vasili Vasílievich, aunque presida el tribunal, juega un papel secundario. Lo cual se ve en que, literalmente, se sienta al margen. ¿No debería el presidente del tribunal sentarse en el centro de la mesa, le preguntó a Vyshinski, como corresponde a las prácticas jurídicas? La respuesta de Vyshinski, un puñetazo en el estómago:

¿Y usted qué idea tiene de prácticas jurídicas?

Lo sabe, piensa Vasili Vasílievich. La pregunta es: ¿se lo ha contado a Stalin? Aunque, de todas formas, es probable que Stalin también lo sepa. Una de sus principales cualidades: que lo sabe todo, que lo recuerda todo.

Nathan Lurie se ha sentado. Es el turno de Vasili Vasílievich. Su humilde tarea: llamar al siguiente acusado, Moiséi Lurie. Otra idea: dos Lurie en un mismo proceso. ¿Esto qué es, una farsa judía? Al parecer, Stalin quería tener a toda costa a estos dos Lurie para incriminar así a los antiguos dirigentes del KPD: Fischer y Maslow; los cuales, sin embargo, no están en absoluto al alcance de la justicia soviética y probablemente nunca lo estarán. ¿Para qué entonces el teatro?

El acusado se adelanta. Un hombre de mediana estatura, enteco, manos estrechas, frente alta. Traje extranjero. El pelo todavía impecablemente negro, pero con entradas. Profesor de Historia y, cómo era, ¿Filología clásica? ¿Eso de qué sirve si el suministro de alimentos para el pueblo no está completamente garantizado? En resumen, a Vasili Vasílievich no le cae bien. ¡Solo hay que ver cómo se coloca los puños de la camisa! Con esas manitas.

Vasili Vasílievich hojea los expedientes, como si aún quedara algo que descubrir en ellos. En realidad, ensaya el registro. La pregunta que tiene que hacer dice así:

Acusado Lurie, ¿mantiene plenamente el testimonio que realizó en la fase de instrucción?

El acusado carraspea, se inclina hacia delante, de tal forma que desde el estrado no se le ven los ojos. Así se queda un segundo. Dos segundos..., tres... Vasili Vasílievich contiene la respiración. Algo, probablemente sangre, se le sube a la cabeza... Ocurrirá ahora, piensa Vasili Vasílievich.



Ahora...

Pero entonces, por fin, el acusado se pone derecho y dice: Sí. Educada y amablemente, tan solo: Sí.

Vasili Vasílievich considera por un momento la posibilidad de pedir al acusado que responda con la frase completa, pero no lo hace, está contento de haber terminado su parte y cede el turno a Vyshinski. El fiscal, como siempre, apenas puede esperar, da un respingo y, cinematográficamente, con voz firme, estalla:

¡Acusado Lurie! ¡Diga, por favor, qué acciones contrarrevolucionarias ha llevado a cabo en el transcurso de su actividad terrorista!

El acusado se tira de los puños de la camisa y empieza a leer en voz alta su texto. Vasili Vasílievich respira aliviado. Ciertamente es que, en el caso de que alguien se retracte de su declaración o de que empiece incluso a insultar a la justicia soviética, hay un plan previsto. Se han distribuido personas por la sala que, en tal supuesto, empezarían a reírse o, en el peor de los casos, armarían un tumulto para que él, Vasili Vasílievich, pudiese interrumpir la sesión. Pero nadie ha pensado, nadie ha querido pensar más allá de eso.

A Vasili Vasílievich tampoco le gusta pensar más allá. Sin embargo, tiene claro que el problema así no se resolvería. ¿Y si el acusado tampoco entrase en razón después del receso? ¡Una pesadilla! ¿Habría que hacerlo desaparecer... ante la opinión pública mundial?

Si hubiese dependido de él, de Vasili Vasílievich, las cosas se habrían hecho de muy distinta forma. Tres acusados como mucho. Gente de confianza, con los que puedes estar seguro de que no harán ningún teatro. Zinóviev, ese llorón miserable. Está acabado. Le lamería el trasero a Stalin, así de acabado está. Ni siquiera habría sido necesario encerrarlo en la celda sobrecalentada. Terminará seco de un fallo cardíaco. Zinóviev no quiere nada más, solo vivir. Y es probable que de verdad piense que, si colabora, se le dejará vivir.

La voz del fiscal del Estado, como una sierra circular: Espero sus explicaciones acerca de sus actos concretos a ese respecto.

Ahora se acuerda: anoche soñó con eso. Con la voz de Vyshinski. Curiosamente, de la persona de Vyshinski no se acuerda. Solo de la voz. Como si algo le serrara en las entrañas. Luego se despertó y se puso muy contento al encontrar a su lado el cuerpo orondo y cálido de Ánnushka, esto es: se alegró de que ese cuerpo fuera tan orondo, tan para-ocultarse-dentro.

Se acurrucó con cuidado, pues, por supuesto, sabe que ella no soporta su

cercanía mientras duerme, y lo empuja, sí, e incluso a veces le golpea... Y eso hizo entonces. Y él, Vasili Vasílievich, se arrastró de nuevo a su lado — las camas en el hotel Metropol son grandes—, se puso boca arriba y se sintió tan solo que se le contrajo la garganta.

La sierra circular: Diga, ¿estuvo usted en contacto con Nathan Lurie?

El acusado, sin dudar: Sí, estuve en contacto con Nathan Lurie más o menos desde abril de 1933 hasta el 2 de enero de 1936.

Qué absurdo, ¿por qué precisamente hasta el 2 de enero de 1936?, piensa Vasili Vasílievich. ¿Cómo puede saberlo con tanta exactitud? Un fiscal de verdad ahora repreguntaría. Pero este no lo hace. ¿Tendría que hacerlo él, ya que es juez?

¿Conoció usted a Nathan Lurie siendo miembro de la organización ilegal trotskista?

El acusado: Así es.

¿Sabía usted que, en aquella época, Nathan Lurie se dedicaba a preparar una serie de atentados terroristas?

El acusado: Correcto.

Vasili Vasílievich tarda un poco en entender qué es lo que le disgusta: no parece un acusado arrepentido. Así no se comporta alguien que está a punto de ser condenado a muerte. Canturreando su texto como una alondra. ¿O espera que los periodistas extranjeros sospechen precisamente al verlo soltar aquí, como si nada, sus confesiones?

Vasili Vasílievich siente la acometida del odio: como un perro, directo a la cara. Deberían haberle dado una buena paliza, científicamente. En lugar de eso lo están cebando. ¡Le mandan al peluquero! Y aquí tiene, caballero, un baño para el profesor, para que todo el mundo vea lo bien que viven nuestros presos... Tiene hasta libros y material de escritura en su celda, todo lo que quiera.

Qué extraño, al imaginarse los libros y el material de escritura en la celda, Vasili Vasílievich se sorprende a sí mismo envidiando al acusado. Se niega a admitirlo, pero lo envidia. Ese hombre no sabe que va a morir. De verdad cree que, tras cinco años de destierro, regresará y volverá a sus conferencias sobre filología clásica. Y las estudiantes se quedarán absortas escuchándole...

Este hombre lo ha tenido todo en la vida, mientras él, Vasili Vasílievich, se arrastra a diario desde el hotel de la *Nikólskaia úlitsa*, perdón: de la *calle 25 de octubre*, y de vuelta, quinientos metros, para firmar sentencias durante

doce horas. Es probable que hasta se haya acostado con chicas alemanas. Mientras que él, Vasili Vasílievich, tiene suerte si su Ánnushka le deja arrimarse alguna vez.

Pero, en general, no puede quejarse. Suite de tres habitaciones. Sistema especial de pensiones. Una dacha en Kuntsevo. Es el presidente del Colegio Militar del Tribunal Supremo de la URSS... Aunque antes era más interesante. Tambov. La represión del gran levantamiento. Se le aparece de inmediato una imagen. Muchas imágenes. Tujachevski, hoy mariscal de la Unión Soviética, entonces borracho como una cuba. Pueblos ardiendo. Imágenes del asalto. O más concretamente: después del asalto. Él, como chequista, solo fue responsable de los fusilamientos. Fusilamientos de rehenes.

Pero qué significa «solo». Fue lo único que funcionó. Tujachevski intentó en serio limpiar los bosques con gas venenoso; qué idea más estúpida. No sirvió de nada. En lugar de eso: cuarenta rehenes y, cuando has fusilado a la mitad, el resto te cuenta dónde se esconden los demás bandidos. No diría que aquello decantó la guerra. Pero todo junto, la acción de los panfletos, la promesa de amnistía, los fusilamientos de rehenes; todo esto junto, el trabajo de los chequistas, en suma, fue por lo menos igual de importante que la acción militar inmediata.

Pero ya nadie se acuerda. Y ahora Tujachevski es el gran héroe. Con su idea del gas venenoso. ¿Qué tiene eso de heroico? No, los fusilamientos tampoco son heroicos, pero al menos son honestos. Miras al enemigo a la cara. Vyshinski, por ejemplo, nunca ha mirado al enemigo a la cara. Y qué distinta es la muerte de cada uno. ¿Debería quizá volver a asistir a una ejecución? Aunque hoy en día la mayoría se hacen por la espalda: tiro en la nuca...

Surge el nombre de Zhdánov. El acusado Lurie no duda en explicar cómo transmitió al otro Lurie la orden de asesinar a Zhdánov... Zhdánov, Ordzhonikidze, Voroshílov...

Otro punto débil, piensa Vasili Vasílievich. Demasiados atentados. Sobre todo: demasiado atentados *fallidos*. ¡A quién querían matar todos estos! No es tan difícil. Un fusil de francotirador decente, un Remington, alcance de seiscientos metros... Pero estos terroristas convencidos, apoyados por los fascistas alemanes, simplemente son demasiado estúpidos como para acertar a uno solo de sus objetivos. ¿Y la gente se lo cree?

Vasili Vasílievich observa al público con ojos escrutadores. Las miradas

están puestas en Vyshinski. Sabe hablar, hay que reconocerlo. Hipnotiza de veras a la gente. Mañana estará todo en el periódico, para que lo lea quien quiera. Bueno, no todo. Pero lo que sale en el periódico basta. Cualquiera que lea con atención, verá que todo aquello estaba hecho de cualquier manera. Esos atentados fallidos. Esas directrices vacías de Trotski... Si fuera por él, por Vasili Vasílievich: acusaciones simples. Pruebas claras... Pruebas falseadas, pero pruebas. No tanta cháchara. Se pone un revólver sobre la mesa: ¿Es este el arma que pretendía utilizar? Huellas dactilares, pistas...

Pero no depende de él. Él solo tiene que condenar. Un fiscal puede hablar cuanto quiera. Pero él, Vasili Vasílievich, tiene que firmar las sentencias. Como presidente del tribunal, es responsable ante la opinión pública de todo el mundo, ante la historia.

Se le ocurre una idea desagradable: ¿y si Stalin le ha hecho presidente del tribunal precisamente para eso? Porque sabe que no es juez ni mucho menos, que jamás estudió Derecho. Piensa en el comentario de Stalin tras la reunión en el Kremlin: Con usted, Vasili Vasílievich, estoy completamente seguro, sé que no nos decepcionará... Después lo miró con sus astutos ojos *Stalin*, hechos de acero. Y él, Vasili Vasílievich, creyó que era un cumplido. Pero ¿y si era más bien una amenaza?

No son flatulencias lo que Vasili Vasílievich siente ahora. Más bien es el recto. Siente que tiene que ir al baño... No, no es tan sencillo. Si Stalin desenmascarase al juez que lleva este proceso, ¿no estaría poniendo en duda la validez del mismo, la dignidad y la autoridad del tribunal? Pero, por otro lado, si saliera mal, Stalin podría culpar de todo al tribunal. *Desenmascarado el impostor que presidía el tribunal...* Quién sabe qué as tiene en la manga contra Vyshinski. ¿Es su estrategia? Si el juicio sale bien: Orden de Lenin. Si sale mal: la cabeza.

Lo malo es que no se sabe lo que está pensando. Probablemente sea su fortaleza. Se recuesta, escucha. Fuma de su pipa... No pudieron hacerlo todos, Trotski, Zinóviev, Kámenev: silencio. Siempre tenían que hablar, que pasar al primer plano. Mientras Stalin urde sus planes por detrás. Y entonces... Se va de vacaciones, increíble. Se va al mar Negro y, mientras tanto, ellos se matan a trabajar aquí, se devanan los sesos, discuten durante noches enteras. Intentan adivinar sus deseos... Parece magia. Stalin solo inclina la cabeza, mueve la mano, echa un poco de humo y el aparato al completo se pone en marcha. Todos saltan de un lado a otro, sueltan discursos, se chivan unos de otros.

Si estos acusados se levantaran ahora y dijeran la verdad. Todos, los dieciséis... Harían caer a Stalin.

Vasili Vasílievich desliza su mirada por la bancada de los acusados, observa a esos hombres que, en la práctica, ya están muertos: Zinóviev, hecho un trapo. Kámenev, ese cobarde. Yevdokímov, con sus ojos de niño. Este cree en Stalin, aunque lo fusilarán por ello. Nunca admitirán que han estado contando mentiras todo el tiempo. Miserable escoria dispuesta a vender la verdad a cambio de su vida. Así es. Cuando el molino empieza a girar, se acabó. ¿No dice Pushkin algo parecido? ¿O fue Goethe? Hay un punto del que, sencillamente, ya no puedes volver, o algo así, solo que rimaba. Tampoco él, Vasili Vasílievich, puede volver ya. Tiene que seguir adelante, seguir adelante...

Ahora sí que tiene que ir al baño. Pero Vyshinski no ve el final:

¿Admite, así pues, que durante varios años fue miembro de la organización ilegal trotskista?

Todo está ya más que dicho y confesado. ¿Por qué empieza otra vez desde el principio? Vasili Vasílievich mira el reloj, piensa si debería atreverse a advertir a Vyshinski por el tiempo.

Sí, lo confieso totalmente, oye decir al acusado.

¿Perseguía esa organización objetivos terroristas?

Confieso haber transmitido una directriz de ese tipo.

Respuesta equivocada, piensa Vasili Vasílievich. La pregunta era si la organización perseguía objetivos terroristas. Y Vyshinski, que en este cuarto día de juicio no muestra ninguna debilidad, entra al trapo de esa historia de la directriz.

¿Confirma haber recibido directrices de Trotski relativas a actos terroristas a través de Ruth Fischer y de Maslow y habérselas trasladado a Zinóviev?

Sí, dice el acusado, tirándose de los puños de la camisa.

Vyshinski: ¿Sabe usted que esa directriz se transmitió?

Lo sé perfectamente.

¡Por lo que más quieras, Vyshinski! ¡No se trata de una maldita directriz!  
¡Se trata de que estaba preparando un atentado mortal!

Vyshinski parece darse cuenta al fin de que así no avanza y trata de zanjar el asunto:

¿Estaba usted en contacto con el grupo de Nathan Lurie y, al mismo tiempo, con el agente fascista Franz Weiz?

Sí, dice el acusado.

¿Preparó usted junto a Nathan Lurie una serie de atentados y dio órdenes de preparar también un atentado contra el camarada Stalin?

Ahora, sin embargo, el acusado dice:

No participé en la preparación, pero transmití la directriz relativa al atentado.

Ya está el lío. Vyshinski se queda perplejo por un momento, Vasili Vasílievich lo nota. Y comprende perfectamente por qué. Si Vyshinski sigue preguntando, corre el peligro de que el acusado insista en lo que ha dicho. Pero, si no sigue preguntando, el interrogatorio finalizará con el acusado afirmando que él no participó en la preparación del atentado contra Stalin.

No es un buen final. Pero tampoco es un buen momento para advertir a Vyshinski. Por un instante cesa el interrogatorio. Vasili Vasílievich nota la tensión en la sala. El acusado mira a Vyshinski, inmóvil. Vasili Vasílievich vuelve prudentemente la cabeza. De cerca se ven las diminutas perlas de sudor en la frente de Vyshinski. ¿Qué acuerdo había con los acusados? ¿De verdad se trataba tan solo de la transmisión de directrices? Pero el acusado ya ha admitido su participación en los preparativos del atentado a Zhdánov. ¿O no? Qué lío, para volverse loco. Si hubiera sido por él... Sí, si hubiera. Pero no depende de él. Aunque al final se juega la cabeza. A no ser —se le enciende una bombilla— que interrumpa el interrogatorio y a este acusado simplemente no se le condene a muerte. ¿Sería la salvación? Diez años en un campo de trabajo. Allí ya aparecerá alguien que se cargue al bastardo.

Pero la sierra circular comienza de nuevo a aullar. Acusadora, colmada de odio, llena de veneno. El truco es: Vyshinski actúa como si hubiera desenmascarado y destruido al acusado. Le grita a la cara. Pero, curiosamente, tiene un efecto distinto, al menos en Vasili Vasílievich. Es como si la ira de Vyshinski no se dirigiera al acusado, como si no fuera en absoluto con él. Como si hablara con su sombra, que está detrás del acusado, mientras los aullidos de Vyshinski le pasan de largo sin causarle la más mínima impresión:

¿Transmitió la orden de preparar un atentado contra Ordzhonikidze y Zhdánov, pero no solo eso, sino que también indicó cómo establecer contactos?

Y el acusado contesta con calma, objetivamente: Sí, le dije a Nathan Lurie que le proporcionaría un lugar de encuentro.

Vyshinski se abstiene de hacer más preguntas. Así termina el interrogatorio. Conducen fuera a los acusados para el receso del mediodía.



Los presentes se levantan, cuchicheando; algunos se quedan sentados, pensativos. Vyshinski ordena sus papeles. Y Vasili Vasílievich Úlrij se va al baño: con prisa, pero tampoco demasiada.

Dignamente, como corresponde al presidente de un tribunal.

### 3. NINGÚN OTRO PAÍS DE LA TIERRA

—Charlotte—

A última hora de la tarde del 22 de agosto llegan a Yalta. Los espléndidos edificios del puerto brillan rojizos al atardecer. Las montañas al fondo: negras. La ciudad en la pendiente, salpicada entre pinos y cipreses puntiagudos. Casas con saledizos, columnas y escaleritas. Charlotte solo había visto algo tan hermoso en fotos.

El camino avanza cuesta arriba. Les llevan las maletas en carros tirados por burros (aseguran que tienen un coche, pero que está en *remont*, es decir, en el taller). Jilly está totalmente fuera de sí de entusiasmo. Caminan detrás del carro a ritmo pesado. De pronto, el viento cesa. El calor sube desde el suelo. Charlotte empieza a sudar. Wilhelm va detrás en silencio. Desde que leyó el artículo, se ha quedado mudo. Lo único que dijo, temblando, a modo de reproche:

¡Tu Emel!

El burro suelta polvo cuando le acarician. Y también cuando el carretero, un *mujik* de piel oscura con los cañones de la barba grises, lo golpea en la grupa con una vara: de pasada, sin fuerza, pero a intervalos regulares.

Jilly intenta convencerle de que el burro también camina por voluntad propia. El hombre es amable, incluso bonachón. Sonríe a Jill, asiente. Pero no entiende lo que dice. Tampoco cuando Charlotte traduce. En general, no entiende a qué se refiere, y golpea de nuevo al burro para enseñarles cómo suelta polvo. Charlotte se rinde. Quién sabe lo que sienten los burros.

Se instalan en sus cuartos de la casa de vacaciones del Sindicato de Trabajadores Políticos. Huele a humedad, un poco a cerrado, pero Charlotte está decidida a llamar a eso olor a vacaciones. Abre la ventana. La vista es imponente, francamente increíble. Jamás ha visto nada igual. Las palmeras, el mar, la puesta de sol, le gustaría beberse, comerse esa vista, de algún modo introducirse en ella. Wilhelm está a su lado, pero nota que no está viendo nada.

Tenemos que decírselo a Jill, dice Wilhelm.

¿Y eso por qué?

Tenemos que dejar claro que no tenemos intención de ocultarlo.

Pero si no hemos hecho nada.

Somos amigos de un *enemigo del pueblo*.

Enemigo del pueblo. Le afecta que Wilhelm lo llame así. Charlotte levanta la voz:

¿Qué significa *amigos*? Le conocemos. Todos le conocen, cientos de camaradas.

Wilhelm la mira brevemente, de medio lado, con el rabillo del ojo. Luego se vuelve hacia el mar, que ahora sí es negro bajo el cielo lejano, rojo brillante, y dice en voz baja, pero con un tono como de estar declamando una tragedia de la antigüedad:

Le vendimos un gramófono.

Ya, ¿y?, piensa Charlotte.

Llegan un poco tarde a cenar, pues antes se duchan, y la empleada de turno les señala de mala gana un sitio en una esquina, sin vistas. Jill hace pucheros, interpreta el papel de una niña que la ha armado gorda, pero a la que conceden la gracia de sentarse a cenar. Cada vez que la empleada de turno se acerca, coloca las manos obedientemente sobre la mesa.

Charlotte la imita. Wilhelm mira a las musarañas. Al menos se ha dejado convencer para posponer su inquietud hasta el día siguiente.

Las mujeres acuerdan volver esa noche al paseo del puerto, cuya música oyen desde arriba. Bajan la cuesta con prisa, como si fueran a llegar tarde; Wilhelm camina por detrás a cierta distancia. Ya se ven las estrellas. El viento, que viene desde el agua, es templado. De vez en cuando huele a frutas desconocidas.

El paseo marítimo sigue lleno de gente. Hay una pista de baile al aire libre. A Wilhelm no le gusta bailar, pero aquí las mujeres también bailan entre ellas. Charlotte baila con Jilly, intentando asumir el rol masculino: llevar la iniciativa. Jill es tan ligera, tan flexible. Suena jazz o swing, en cualquier caso algo americano.

Charlotte no puede evitar recordar una noche con Isa y Emel: los rusos llaman a esas reuniones *véchera*, que no significa más que «veladas», solo que ahora, desde que se supo que en esas *véchera* la gente tenía conversaciones políticas sospechosas, la palabra ha adquirido por desgracia connotaciones desagradables. ¡Pero nosotros no tuvimos ninguna conversación política! Al menos, no políticamente sospechosa... De pronto la gente empieza a moverse por la pista de baile a pasitos cortos, adelante, atrás, corto-corto, largo, algún baile de moda. *That's shag!*, dice Jilly, pero tampoco sabe bailar. Imitan los pasos del resto, se ríen, tropiezan, se pisan los pies. Él es,